

FERREIRA DE PANTÓN

El monasterio cisterciense del Divino Salvador y Santa María de Ferreira se encuentra ubicado en el municipio de Pantón, perteneciente a la comarca de Tierra de Lemos, en el entorno natural y turístico de la Ribeira Sacra lucense. A él se llega siguiendo la carretera general que desde Ourense se dirige a Monforte de Lemos; a unos 15 kilómetros de Monforte existe una desviación que nos lleva hasta la parroquia de Ferreira, donde se encuentra situado el monasterio –alejado a 1 km escaso de esta pequeña localidad–. La comunidad religiosa está asentada en un paraje muy tranquilo, a orillas del río Cabe y rodeada de campos de cultivo.

Conocido popularmente en la zona como “monasterio de las Madres Bernardas”, se trata, además del único monasterio cisterciense femenino aún activo en Galicia, de una de las construcciones más interesantes del románico de la Ribeira Sacra Lucense, distinguido con la categoría de Monumento Nacional desde el año 1975. Aunque el origen del monasterio es medieval, el conjunto hoy conservado es fruto de una importante actividad constructiva emprendida entre los siglos XVII y XVIII. Esta reforma supuso la transformación completa del inmueble medieval y su sustitución por las actuales dependencias de estilo barroco. De este amplio y ambicioso programa de reformas solo el templo continuó manteniendo su fisonomía original.

En líneas generales podemos decir que del antiguo conjunto monástico medieval solo se conserva en la actualidad la iglesia de estilo románico y algunos restos arqueológicos datados entre los siglos XI y XIII.

Monasterio del Divino Salvador y Santa María

DESCONOCEMOS HOY POR HOY LA FECHA de fundación del monasterio ya que resulta difícil ahondar en sus orígenes históricos a causa de la carencia de fuentes documentales. Los diversos autores y estudiosos que lo han intentado suelen situar su fundación en el año 964 a partir de la interpretación errónea de una referencia documental. El primer testimonio documental conservado que se refiere con toda seguridad a nuestro monasterio data del 26 de enero del año 1108, fecha en la que Xemena, *prolix Santiz*, hace entrega *ad monasterium Ferrarie que vocitant Sancti Salvatoris et Sacte Marie* de todas las posesiones que le pertenecían en el territorio de Lemos, Sarria y Asma.

Con todo, los restos arqueológicos conservados permiten retrotraer con completa seguridad la existencia de esta institución, al menos, hasta comienzos del siglo XI; las referencias documentales a que hemos hecho mención se complementan con el aporte epigráfico que proporcionan dos laudas sepulcrales fechadas a mediados del siglo XI y que fueron rescatadas a raíz de la edificación de la actual portería y colocadas con posterioridad en el interior del claustro comunitario, donde hoy permanecen. Dichas laudas debieron pertenecer al antiguo cementerio monástico.

A tenor de lo que revelan varias fuentes el monasterio habría tenido una breve vida cluniacense. Su incorporación a Cluny, según C. J. Bishko, estaría inscrita en el juego de

alianzas entre la reina Urraca y la conflictiva nobleza gallega. Desde el reinado de Doña Urraca asistimos a una época en la que se va a producir un mayor acercamiento a Cluny, con la donación de numerosos monasterios. Una de las últimas incorporaciones gallegas a Cluny será la de Ferreira, propiciada por personajes de la nobleza muy allegados al entorno de Doña Urraca. Así, el día 8 de julio del año 1117 es el propio conde Fernán Fernández, junto con su esposa, la infanta Doña Elvira, hija de Alfonso VI, quien donaba la cuarta parte de este monasterio, con todas sus pertenencias, a San Pedro de Cluny, incluyéndose desde este momento dentro del conjunto de los monasterios que en aquel tiempo profesaban la observancia benedictina. No obstante, la confrontación de algunas fuentes documentales confirma que Ferreira permanecerá sujeta a Cluny durante un breve periodo de tiempo: en el año 1125 el monasterio ya no le pertenecía, tal y como lo ratifica su ausencia en la lista de posesiones de la abadía que se incluye en la bula de Honorio II. Otro tanto ocurre con las confirmaciones papales, listas de dependencias y visitaciones de la época, en los que se omite cualquier referencia a este cenobio.

El 17 de diciembre del año 1175 la condesa doña Fronilde Lemos, junto con la infanta doña Sancha y una larga lista de nobles gallegos, hace donación del monasterio a la orden del Císter en la persona de don Vidal, abad de Santa María de

*Vista general*

Meira, y a todos sus sucesores en la abadía. La dependencia del monasterio de Meira perdurará hasta el año 1598, momento en el que, iniciada ya la reforma de los monasterios cistercienses de Galicia, el de San Salvador de Ferreira será anexionado a la Congregación de Castilla de la Orden del Císter, permaneciendo unido a ella hasta principios del siglo XIX.

Actualmente el monasterio de Ferreira de Pantón sigue ocupado por una comunidad de religiosas cistercienses que se ocupan de su mantenimiento y administración. Las dependencias han sufrido, desde 1975, varias intervenciones y reedificaciones, unas dirigidas desde la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, otras desde la Dirección Xeral de Patrimonio Histórico de la Xunta de Galicia y otras gracias al esfuerzo económico de la comunidad.

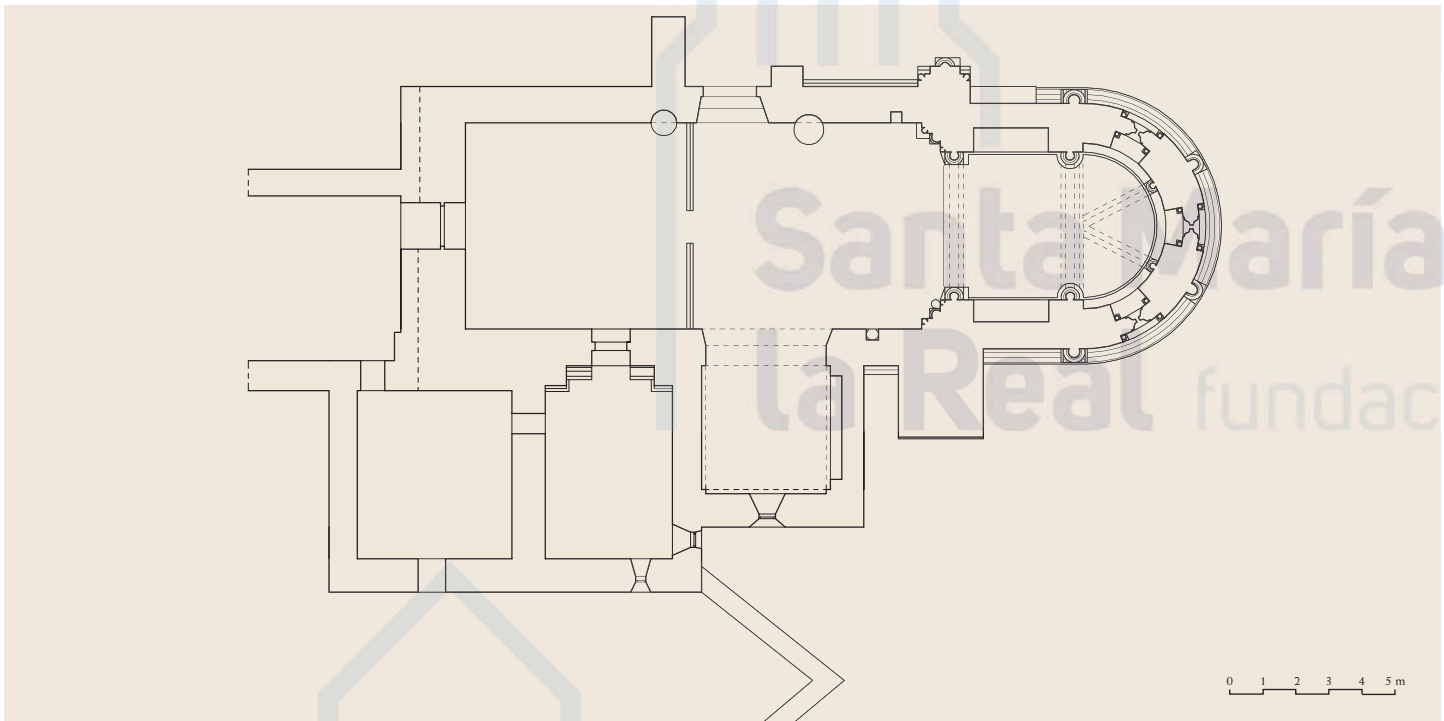
Como ya he señalado, del conjunto de edificaciones que en otros tiempos configuraron el monasterio tan solo el actual templo se corresponde, en líneas generales y prescindiendo de las ampliaciones y transformaciones de que fue objeto con el discurrir de los tiempos, con la primitiva iglesia abacial. Los acontecimientos destacados de su historia tendrán un nítido reflejo en la fábrica del templo ya que la adopción de la regla cisterciense por la comunidad monástica implicó a la vez una paralización y transformación de las empresas arquitectónicas que se estaban llevando a cabo y, de manera significativa, su edificación.

Al aproximarnos a la abacial de Ferreira ya en la primera impresión se advierte la duplicidad de campañas que dieron

lugar al actual edificio. Aunque los datos históricos que documentan el proceso constructivo del templo son muy pocos y no demasiado explícitos, la mayoría de los investigadores sugieren que, con anterioridad a la donación del monasterio a la orden del Císter en el año 1175, ya se estaba procediendo a las obras de construcción; en una referencia documental recogida por fray Antonio de Yepes se cita al monasterio como construido en 1158, fecha que acepta, por ejemplo, D'Emilio, como indicativa de la cronología del arranque de la campaña constructiva de la cabecera. Quizá por esas fechas se tomó la decisión de erigir un nuevo edificio, cuya construcción había alcanzado ya el arco triunfal cuando la comunidad abrazó la nueva orden.

A la primera campaña correspondería la magnífica cabecera en la que, a pesar de sus reducidas dimensiones, la morfología y los materiales usados acreditan con claridad que nos encontramos ante un proyecto original muy ambicioso. Aunque los monasterios cistercienses de nueva creación solían sujetarse a una disciplina constructiva, en Ferreira se mantuvo la vieja cabecera en pie, de manera similar a como había ocurrido en otras comunidades monásticas con fábricas recientes de cierta calidad artística que la conservaron al incorporarse al Císter, como Santa María de Acibeiro (Forcarei, Pontevedra) o Santa María de Penamaior (Becerreá, Lugo).

El templo, edificado en sillares regulares, cuidadosamente tallados y colocados en hiladas horizontales, presenta una de las tipologías arquitectónicas más generalizadas en el



Planta

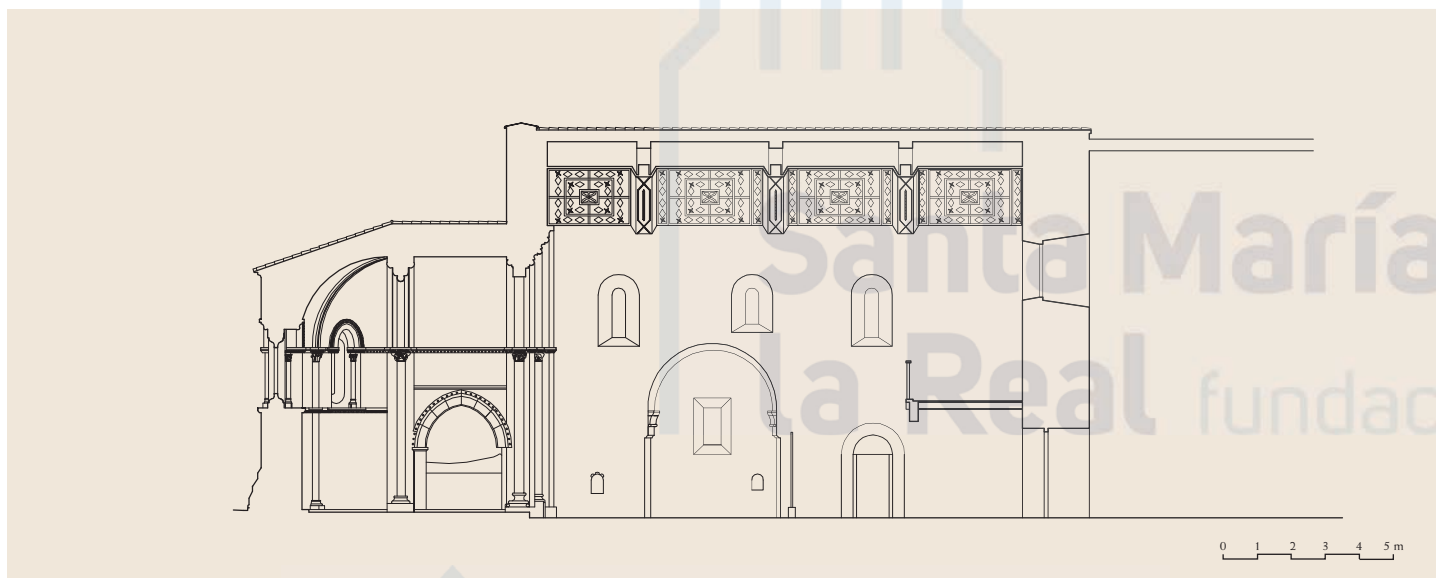
Alzado sur



románico rural galaico; una nave rectangular a la que le correspondería una cabecera compartimentada en tramo recto rectangular cubierto por una bóveda de cañón sencilla, a la que se accede a través de un gran arco triunfal, y un hemiciclo cubierto por una bóveda de crucería y precedido por un arco fajón de medio punto.

El acceso a la cabecera desde la nave se realiza a través de un ambicioso arco de triunfo que se articula en una sucesión de cuatro arquivoltas que descargan de manera directa sobre una rítmica distribución de soportes: semicolumnas

adosadas, codillos y columnas acodilladas. La cuádruple arquivolta, de medio punto, limita su molduración a una alternancia de boces y mediacañas, y tan solo la arquivolta interior muestra sección prismática. Toda esta secuencia queda ceñida por una chambrana de billetes organizados en tres bandas que no llega a desarrollarse en su totalidad como consecuencia de la posterior construcción de los paramentos de la nave, que en su proceso constructivo obligó a introducir una serie de modificaciones que afectaron a parte de esta estructura. Los basamentos se elevan sobre un amplio zócalo



Sección longitudinal

con su arista moldurada en baquetón. Sobre él se sitúan las basas áticas de plintos rectangulares, decoradas con las típicas cabecitas de animales o motivos geométricos como el sogueado y las circunferencias entrelazadas. Sobre las columnas se disponen los capiteles tallados en granito fino de tonalidad blanquecina que contrasta, en un elegante juego plástico, con el granito oscuro de grano grueso del resto de los elementos arquitectónicos. Este recurso estético ya se había ensayado a comienzos del siglo XII en el románico zamorano de Santa Marta de Tera. Y una solución similar se adoptará en las abaciales benedictinas próximas de San Miguel de Eiré y San Fiz de Cangas.

Sobre el arco triunfal se eleva el hastial de la cabecera, en el que se abre un óculo, hoy semicegado por el moderno artesonado, que originariamente proporcionaba iluminación directa a la nave. Además del hastial, también el tramo recto de la cabecera se vio fuertemente alterado por la disposición en sus lienzos murales, a finales del siglo XV, de los sepulcros parietales de Don Diego y Don Lope de Lemos.

Da acceso al hemiciclo un arco fajón de medio punto, sección prismática y doblado, asentado sobre mediascolumnas adosadas y codillos en la cara que da hacia la nave. Estas columnas apean en basas áticas sobre plintos y zócalos de sección circular.

El alzado del hemiciclo se articula mediante dos semicolumnas adosadas a los lienzos murales, sobre las que apean los nervios de la cubierta. En Galicia, además de Ferreira, solo los templos benedictinos pontevedreses de San Xurxo de Codeseda –ca. 1170–, Santa Olaia de Losón –datado en el año 1171–, y Santo Tomé de Piñeiro –fechado en el último tercio del siglo XII–, poseen un ábside de hemiciclo compartimentado interiormente por columnas. Los tres templos citados emplean como cubrición bóvedas nervadas, si bien sus cabeceras adoptan planta poligonal y soluciones más

evolucionadas de soportes. En Ferreira, una línea de imposta decorada con tacos recorre el perímetro absidal y anilla los fustes de las semicolumnas de una manera muy particular, ya que producen la ilusión de una superposición de dos series de semicolumnas con sus respectivas basas, la inferior descansando sobre plintos y la superior sobre la propia imposta. Los soportes inferiores prescinden del capitel, quedando su fuste directamente anillado a los basamentos de las columnas superiores a través de la imposta, sobre la que se abre una serie de vanos que iluminan directamente el espacio del hemiciclo.

Esta solución estructural es excepcional en el ámbito de la arquitectura tardorrománica gallega. Un tratamiento similar lo encontramos en la magnífica capilla mayor de la abacial benedictina de San Lourenzo de Carboeiro (Silleda, Pontevedra). La búsqueda de paralelos ha permitido constatar que nos encontramos ante una solución constructiva prácticamente desconocida en la arquitectura tardorrománica hispana, pero con precedentes muy claros de pro genie francesa emanados de empresas arquitectónicas del gótico inicial de la Îlle-de-France. La solución adoptada en la cabecera ferreirense pudo haber informado también el diseño del alzado interior de la cabecera del vecino templo monástico de San Xurxo de Codeseda (Pontevedra), que comenzó a edificarse en torno al último cuarto del siglo XII.

En cada uno de los paños murales se abre un vano bajo arco de medio punto en los que podemos observar como planteamientos románicos tradicionales se conjugan con fórmulas inusuales y sin precedentes en el románico galaico; el tradicional modelo de organización en arco de medio punto moldurado en bocel y mediacaña, ceñido por una chambrana de billetes, apoyado sobre columnillas acodilladas, presenta como novedad que moldura todo su perímetro con un marcado bocel. La solución de disponer un bocel continuo apa-



Ábside

rece ya en el diseño de los vanos de la cabecera de la cripta compostelana y en algunas cabeceras datadas hacia finales del siglo XII, como la de Santa María de Oseira (Ourense), San Miguel de Bremao (A Coruña), Santa María de Cambre (A Coruña), Santa Mariña de Augas Santas (Ourense) o San Xulián de Astureses (Ourense). Sin embargo, a diferencia de los ferreirenses, en estos casos el bocel no llega a moldurar todo el perímetro del vano.

Respecto al sistema de cubierta, San Salvador de Ferreira combina, como otros templos tardorrománicos, abovedamientos románicos y góticos, aunque su utilización en el proceso constructivo no sigue la cronología lógica de la secuencia de los estilos. Así, como ya hemos señalado, el tramo recto se cubre con una sencilla bóveda de cañón mientras en el espacio interior se opta por una bóveda de dos nervios. La bóveda de nervios en la arquitectura románica gallega comenzó a adquirir verdadero protagonismo a partir del año 1170 tras su adopción en la cripta de la catedral compostelana, con especial acogida en los templos monásticos benedictinos que, inspirados o no en la cripta compostelana, adoptan su uso de tal manera que esta no solo es utilizada en templos con indudables pretensiones monumentales como las abaciales benedictinas de San Lourenzo de Carboeiro (Pontevedra) y Santa María de Cambre (A Coruña), también en centros monásticos más modestos con indudables simplificaciones como podemos advertir en San Xurxo de Codeseda (Ponte-

Capitel del ábside



vedra), San Esteban de Casteláns (Pontevedra), San Tomé de Piñeiro (Pontevedra), en San Pedro Félix de Hospital de O Incio, Santa María de Ferreira de Pallares y en Santa María de Torbeo, las tres en Lugo.

Sin embargo, en la bóveda de nervios de San Salvador de Ferreira se introduce una importante variante estructural sobre el prototipo, pues aquí los nervios confluyen en la clave

*Canecillos del ábside*

del arco fajón, no en una clave aislada como suele ser norma habitual. Este sistema de hacer converger los nervios en el arco fajón prescindiendo de clave aislada cuenta con un precedente significativo en la Capilla de San Pedro de la cabecera de Santo Domingo de La Calzada, construida en torno al año 1158, si bien será en el tardorrománico hispano cuando numerosas comunidades monásticas optarán por cubrir las cabeceras de su templo atendiendo a dicha solución, gozando de un favor especial en las construcciones levantadas por la orden del Cister; así aparece documentada en un buen número de templos cistercienses castellano-leoneses como Santa María de Gradefes –ca. 1190–, Santa María de Fitero –ca. 1190–, Santa María de Sandoval –ca. 1180–, Santa María de Carrizo –ca. 1190–, o en Santa María de Bujedo –ca. 1220-1250–, y en algún templo premonstratense palentino como San Pelayo de Cerrato –ca. segundo tercio del siglo XIII. En Galicia una fórmula análoga se plantea en las cabeceras de otros templos benedictinos como San Esteban de Casteláns, en Santa María de Ferreira de Pallares o en San Pedro Félix de Hospital de O Incio.

Sin duda, la aplicación de la bóveda de nervios en un edificio de las características de Ferreira convierte a esta cabecera en innovadora en muchos aspectos ya que hace que la cabecera resalte por su indudable singularidad en el contexto global de la construcción románica rural gallega. Dicho lo cual, cabe recordar que esta solución cuenta con un precedente perfectamente documentado, compartiendo un lenguaje muy semejante, en un proyecto de cierta entidad: el

modelo diseñado para la cabecera de la cripta del Pórtico de la catedral compostelana.

Como vemos, el núcleo de la cripta compostelana se presenta como el primer gran referente que se percibe con nitidez al examinar las particularidades formales que exhibe San Salvador de Ferreira. No sería demasiado atrevido aventurar una posible irradiación de planteamientos constructivos desde el núcleo compostelano en unas fechas que, a mi parecer, convendrían con la edificación de nuestra cabecera. Debemos tener en cuenta, por otro lado, que en esta época incluso las grandes abaciales benedictinas gallegas propiamente dichas lo emplearon, tal y como podemos ver en la grandiosa cabecera de la abacial de San Lourenzo de Carboeiro, edificación esta muy marcada por las importantes contribuciones de obradores procedentes del foco compostelano, más particularmente del núcleo de la cripta. Si nos fijamos bien en el desarrollo que presentamos del interior del hemiciclo, y lo comparamos con la capilla mayor de la cabecera de la iglesia de Carboeiro, percibimos casi un mismo criterio de concepción, si bien en el templo pontevedrés se materializa con recursos que buscan una mayor monumentalidad. Incluso, el perfil de los nervios muestra rasgos de afinidad, presentando la típica sección de acanaladuras entre bocelos, insistiendo reiteradamente, como apreciamos, en experimentar con la “comprensión” de soluciones estructurales en un intento de adaptarlas a una arquitectura de menor complejidad.

El punto focal exterior de la cabecera viene marcado por el hemiciclo, en el que se concentra una mayor riqueza



Interior

arquitectónica y ornamental, en contraste con la sobriedad y austeridad reflejada en el tramo recto. Al exterior mantiene su configuración semicircular; se eleva sobre cuatro rebancos visibles, el primero de ellos baquetoneado. Su alzado se organiza en tres calles mediante semicolumnas adosadas. En cada paño se abre un vano cuya articulación es similar a la que presentan los interiores.

La unión de la cabecera con la nave se resuelve mediante dos potentes contrafuertes sumamente interesantes. El contrafuerte meridional se vio gravemente afectado por las reformas llevadas a cabo en época moderna, obligando a introducir toda una serie de cambios que modificaron sustancialmente su aspecto. Se le adosó como refuerzo un gran contrafuerte escalonado que cubrió la mayor parte de la estructura, dejando visible solo la parte alta. Estos grandes y robustos contrafuertes serían considerados por el arquitecto como imprescindibles: por un lado, era necesario que subieran lo más arriba posible, elevándolos hasta la cornisa del hastial y, dudando de su resistencia, les adosa una semicolumna en su frente; como último recurso, al no juzgarlo suficiente, no dudó en colocar dos columnas acodilladas en los ángulos, exactamente igual que si se tratase de columnatas interiores preparadas para voltear arcaturas. De esta manera, el contrafuerte se convierte en un híbrido columnado que consigue suavizar su robusta masa con columnas que estilizan su aspecto.

La manera de organizar el frente de los estribos, con estas esbeltas columnas, responde a un espíritu de articulación muy propia del románico francés, frecuentemente empleado en empresas arquitectónicas de la zona del Poitou, y que debió de irradiar hacia comienzos del siglo XII por tierras de Aragón —donde la encontramos plenamente desarrollada en la cabecera de San Pedro de Loarre, en Santiago de Agüero y en San Miguel de Daroca—, para terminar extendiéndose por zonas muy puntuales de Castilla como Palencia y Burgos. Así, la correspondencia exterior del arco triunfal de la iglesia palentina de Santa Marina de Villanueva de la Torre, de comienzos del siglo XII, es un eco directo de esta solución, pues muestra una organización de los contrafuertes exteriores semejante a la de Ferreira o la burgalesa de Riocavado de la Sierra, ca. 1114, donde observamos el mismo criterio compositivo.

Desconocemos cómo se solucionaría el remate superior de los estribos. Por lo que hemos podido apreciar, todos los soportes rematan en finos collarinos sobre los que, probablemente, se dispondrían otros elementos. En el caso de los paralelos castellanos y aragoneses se recurre a la disposición de capiteles que conectan directamente con la cornisa del hastial, resolviendo así el problema. Todo parece indicar que en Ferreira se adoptaría una solución análoga; sin embargo, el hecho de que no se conserve ninguno de estos elementos nos lleva a sospechar que la raíz estaría en la ruptura o en la interrupción de la actividad del primer taller. Probablemente no se había rematado la parte superior del contrafuerte cuando se produjo la interrupción de las obras, y el nuevo taller,

desconocedor de dicha solución arquitectónica, habría optado por dejar inconcluso el soporte. Al comenzar la siguiente fase constructiva se fueron introduciendo modificaciones que afectaron a aspectos fundamentales de lo constructivo. La edificación de la nave y su unión con la cabecera ponen de evidencia algunos errores, bien por problemas de espacio, bien por un cálculo impreciso al que hubo que encontrar solución conforme a los condicionantes dados. Tal y como aparece documentado en los paralelos señalados, la unión entre los soportes y la nave se realiza directamente, fusionando la columnilla acodillada al paramento mural; sin embargo, en Ferreira, y probablemente por desconocimiento de la solución, el paramento de la nave se adelantará a la columna acodillada provocando un claro desajuste en lo que explicaría, por otro lado, la penetración de los paramentos en los extremos del arco triunfal. Una solución similar se adoptó entre la cabecera y la nave de Villanueva de la Torre, también como resultado de dos campañas distintas.

La elección de estos exagerados contrafuertes debió planificarse en su origen como contrarresto de un elemento torreado, siguiendo el modelo de otros templos burgaleses en los que se adopta la misma solución. Este frustrado plan original tendría su reflejo años más tarde en la edificación del cercano templo benedictino de San Miguel de Eiré, muy influido por algunos de los planteamientos ferreirenses.

Sobre el arco se eleva el hastial, en el que detectamos una importante reedificación que afectó a la práctica totalidad de la estructura. Esta reforma fue, probablemente, la que obligó a una modificación en el óculo y la que provocó que se cegase completamente en unas fechas por otro lado imposibles de confirmar, ya que carecemos de testimonios documentales al respecto.

Rematada la primera campaña, la conversión del monasterio debió de motivar que los canteros y escultores que habían intervenido hasta ese momento fuesen reemplazados por otros en un breve intervalo de tiempo. Que tuvo que ser así se comprueba cuando contrastamos los importantes cambios estructurales y decorativos que se observan entre la primera campaña y la segunda, mucho menos ambiciosa esta de lo que hacía presagiar la primera. Concluidas las obras de la cabecera, el proceso de construcción del templo entró en una fase en la que lo más importante puede que fuera la simplificación del proyecto original dada la ausencia de pretensiones monumentales en los promotores, cuya intención parece que se habría reducido a ver cerrado el edificio y a hacer frente a las necesidades funcionales más ineludibles.

A una segunda campaña constructiva pertenecería el cuerpo de la nave, incluyendo la portada principal. La nave es de una gran sencillez estructural, sin grandes pretensiones arquitectónicas y dentro de las dimensiones habituales de un edificio de carácter rural destinado a albergar una reducida comunidad de monjas. Presenta una traza muy simple: nave única, de planta rectangular, sin ningún tipo de compartimentación en tramos, y dos dependencias anexas para



Capiteles del arco triunfal



el servicio de la comunidad y que funcionan como sacristías. A la primera de estas dependencias se accede desde el interior a través de un pequeño arco de medio punto abierto en el paramento meridional de la nave; la segunda se destina en exclusiva al servicio de la comunidad monástica y se accede a ella desde el interior de las dependencias monásticas; ha sido objeto de reformas y añadidos que determinaron su fisonomía actual y que afectaron notablemente a la estética arquitectónica medieval y a sus características constructivas originales. Dispone esta nave de dos accesos: el principal estaba destinado en exclusiva a la comunidad y a él se accede desde el interior de las dependencias; el secundario fue abierto tiempo después en el paramento septentrional para facilitar el acceso de los fieles al templo.

Se trata, en líneas generales, de un edificio que destaca por su extraordinaria severidad, siguiendo las normas propagadas por la Orden. Por el interior, solo el paramento septentrional conserva sus primitivas características estructurales, ya que por desgracia el meridional ha sido el más afectado por el programa de ampliaciones. Centrándonos en el análisis de este paramento, debemos señalar que es de una total sobriedad: muros lisos, cuya monotonía se rompe en exclusiva por la presencia de tres grandes vanos con derrame al interior en arco semicircular, sin moldurar y desprovisto de motivos decorativos, que descansan directamente sobre las jambas. Paralelos a ellos, en el paramento meridional se abren otros tantos vanos, hoy cegados desde el exterior, que dejan este espacio casi desprovisto de iluminación. Con respecto al sistema de cubierta, el templo se encuentra cubierto en la actualidad por un bellísimo artesonado de madera de época muy posterior a la que nos ocupa.

El proyecto de ampliaciones que experimentó el templo determinó que el paramento meridional quedase completamente oculto por las edificaciones anexas, aunque se respetó el sistema de contrafuertes, que se pueden percibir desde el

interior de estas dependencias. Respecto al paramento septentrional, debemos decir que al llevarse a cabo la reedificación de las estancias monásticas en época moderna se resolvió adosar estas al templo, quedando con ello completamente oculto el primer tramo murario del paramento; las reformas llevadas a cabo hace unos años para cambiar el emplazamiento del acceso a las dependencias desde el exterior, y la construcción de la actual portería, terminaron por ocultarlo en su totalidad.

Por el exterior, lo poco conservado de la fábrica medieval nos permite apreciar un diseño de líneas muy puras y de gran sobriedad, siendo sus elementos más destacados cuatro contrafuertes prismáticos que ofrecen un escalonamiento al nivel de los arcos de los vanos —sin ningún tipo de interés desde el punto de vista estructural—, y que son los encargados de dividir de manera longitudinal el paramento en tres paños. Estos contrafuertes se elevan sobre un amplio zócalo de cierta altitud, que ofrece su arista superior moldurada en baquetón, y que presenta la peculiaridad de proyectarse hacia los lados a manera de recio escalonamiento en la base de los muros. La sencillez y sobriedad del conjunto podría deberse a las urgencias del final de obra o al deseo de economizar en la construcción. A los pies del templo y flanqueando su portada principal se disponen dos de los contrafuertes. De estos dos soportes solo se conserva el meridional, ya que el septentrional ha quedado incorporado en su totalidad a la fábrica moderna, siendo perceptibles restos de su primitivo basamento tan solo desde el interior del claustro. El único contrafuerte conservado presenta una semicolumna adosada a su frente, reiterando la solución adoptada en la conformación de los contrafuertes de la cabecera. Se eleva sobre un amplio zócalo escalonado, con sus aristas molduradas en baquetón, mientras la semicolumna lo hace sobre una basa ática elevada sobre un plinto de sección prismática, desprovisto de ornamentación.

De la portada principal del templo, a la que se accede desde el interior de las dependencias, apenas se han conservado restos que nos permitan distinguir su estilo. Se vio seriamente afectada por el proyecto de reedificación de las dependencias que tuvo como pésima consecuencia la modificación de toda la fachada. En la actualidad, el acceso al templo se resuelve a través de una puerta adintelada sin mayor interés artístico. Sabemos que esta no era el acceso primigenio de la iglesia, ya que en 1975, durante el transcurso de unas obras de consolidación de los muros, aparecieron restos de tres primitivas arquivoltas que probablemente habrían formado parte de un conjunto mucho más amplio de la portada principal pero del que apenas se han conservado restos significativos.

Las reformas afectaron también al gran óculo acomodado sobre la puerta y que presenta la misma molduración que el de la cabecera; de gran sencillez, animado únicamente por la presencia de una serie de molduras que suavizan el perímetro. La adopción de fórmulas empleadas en el conjunto de la cabecera abona la hipótesis de un reemplazo de taller en un espacio de tiempo muy breve, ya que, con toda probabilidad, este taller no contaba con un proyecto previo y se vio en la necesidad de recurrir a soluciones ya acuñadas. Concluye la fachada occidental con una espadaña de tres vanos muy modificada sobre la que se dispone la antefija.

Las arquivoltas de la portada primitiva descansaban sobre columnas acodilladas de fustes monolíticos, de los que solo se conservan los soportes de la arquivolta interior. Se caracterizan estos elementos por su simplicidad. Se elevan sobre basas de tipo ático desprovistas de ornamentación y concluyen en sencillos capiteles vegetales.

Una de las particularidades que ha hecho célebre la cabecera del templo ferreirense, al margen de su singularidad constructiva, es la riqueza de su repertorio escultórico. Ciertamente, el programa figurativo que ilustra la cabecera de la abacial de Ferreira es sin duda fruto de una excepcional operación artística que debe atribuirse a la actuación de un importante equipo escultórico. Al analizar con detenimiento la labor escultórica desplegada en la cabecera podemos individualizar, al menos, dos personalidades artísticas. Un primer escultor, al que podemos bautizar como "Maestro de Pantón", artista románico anónimo que habría sido el máximo responsable de la decoración de la cabecera y con probabilidad el principal maestro del taller, tal y como su notable formación escultórica permite suponer. A este maestro le acompañaría un segundo escultor de formación compostelana y muy vinculado a los repertorios tradicionales, siendo su técnica muy inferior a la de su compañero.

Al maestro de Pantón debemos atribuirle los capiteles del arco triunfal y varios de los canecillos que se tienden bajo el alero exterior. Los capiteles muestran una notable calidad y un estilo desconocido en Galicia por estas fechas. Su labor en Ferreira quizá deba verse como una interpretación personal y evolucionada de modelos característicos de escuelas foráneas, posibilidad que no impide que algunos puedan haberse repre-

sentado por vez primera en la abacial ferreirense; como el que representa a dos grifos atacando a una pareja de bueyes que ilustra uno de los capiteles del arco. Menos desconocidos son el tema del león atacando a una gacela y el hombre inmovilizado por lías que brotan de la boca de dos leones situados a ambos lados. Novedosa es también la iconografía de uno de los capiteles del exterior de la cabecera y que muestra un estilo muy similar; en este capitel se representa a un hombre con una gran bolsa colgada al cuello que está siendo atacado por una cabra a la que persiguen unos perros.

Posiblemente sea también el autor de los cuatro canecillos que muestran temática figurativa; una pareja de músico y acróbata, un clérigo y un hombre haciendo una pirueta con una bolsa colgada de su cinturón. Ciertas recetas en el tratamiento de las anatomías permiten vincularlos con los capiteles del interior y atribuirlos a la misma mano.

Aunque en los canecillos el maestro se sujeta a repertorios ya asimilados en Galicia desde fechas tempranas del siglo XII, los capiteles, en cambio, muestran un abanico temático desconocido en la región. Entre el horizonte de tradiciones que pudieron haber confluído en su formación cabe destacar —por la intensidad de su influjo y por el número de obras a las que afecta— la desplegada a lo largo del Camino de Santiago, y que en concreto muestra dependencia de motivos propios de focos artísticos aragoneses —no tanto en la técnica de talla como en el modelo representado—. Se reconoce también en algunas de sus representaciones animales, de marcado carácter moralizante, que ciertos episodios tomados de los Bestiarios pudieran haber estado al alcance de este maestro, a los que no son ajenos alguno de sus modelos.

Su carrera en tierras gallegas parece haber sido tan destacada como breve, ya que su actividad se extingue en la fábrica de Ferreira. Su estilo, sin embargo, formará escuela y será asimilado por otros tallistas, miembros del taller, que acabarán adoptando buena parte de las recetas del director y se harán con un estilo propio que, aun distinguiéndose netamente del de su maestro, sigue de cerca su orientación y recrea un repertorio iconográfico y ornamental semejante pero sin llegar a alcanzar la discreta calidad formal de aquel. Su estilo alcanzará con posterioridad a otras empresas constructivas que se estaban llevando a cabo por esas fechas por todo el territorio gallego, y que atraieron a los escultores que, con la paralización de las obras de la cabecera de Ferreira, se fueron incorporando a los diferentes talleres que trabajaban en las comarcas vecinas y en zonas más alejadas, siendo por ello los responsables de su expansión y repercusión en el románico gallego.

Además de este maestro, podría individualizarse una segunda personalidad, como el más destacado de sus ayudantes, autor de la mayoría de los capiteles concentrados en el exterior del hemiciclo. En lo que concierne a su formación, poco se puede añadir salvo que, aunque parece haber conocido lo realizado en la basílica compostelana, su estilo da prueba de una formación en las diferentes tradiciones locales, y

sus motivos acreditan un conocimiento más variado del arte precedente y coetáneo, siendo su estilo diferente y su técnica, eso sí, notablemente inferior a la de su compañero. Aunque sus formas no están tan conseguidas como las del primer escultor, acaba adoptando buena parte de sus recetas, haciéndose con un estilo que sigue de cerca su orientación; es decir: aprende la técnica de excavar e intenta sacar el mayor rendimiento posible al material, modelando en grandes planos que generan superficies angulosas y creaciones de cierto aspecto geométrico.

A él pertenece, con alguna variante, un modelo de sobra conocido: nos referimos a uno de los capiteles situados en la zona noroeste del crucero de la Catedral de Santiago en el que se representan varios leones sobre los que se tienden desnudos unos personajes atacados por cabezas grotescas que intentan engullir sus miembros inferiores. Junto a estos dos maestros definidos trabajaron otros escultores o ayudantes, a los que habremos de referirnos como resto del taller. Su producción escultórica, con estilos de filiación diversa, se centra en el diseño y talla del resto del programa figurativo; capiteles de los vanos absidales y canecillos de temática vegetal. Este taller da prueba de una formación vinculada a las tradiciones loca-

les aunada con un conocimiento de lo que podríamos definir como tradición nacida de la segunda campaña de la Catedral de Santiago de Compostela. A pesar del origen compostelano de su repertorio, como consecuencia de su formación junto al maestro de Pantón, acabarán adoptando buena parte de sus recetas e iconografía, haciéndose con un estilo que, aún siendo notablemente inferior, guarda similitudes en ciertos aspectos. Ellos serán los encargados de tallar la mayor parte de los capiteles de temática vegetal, cuya serie obedece a dos de los tipos más socorridos del románico galaico: el de "hojas de agua" y el de "hojas de helecho". Estos modelos se sitúan en los vanos y arco fajón. El primero se caracteriza por poseer voluminosas hojas de agua, de sinuosas incurvaciones, bilobuladas, de superficie cóncava y nervadura hendida o arista marcada, realizadas mediante caulículos contrapuestos rematados en volutas. El capitel de hojas de helecho se caracteriza por lucir hojas bilobuladas cobijando pomos o no, con nervio hendido y foliolos excavados e individualizados mediante contornos muy resaltados. A estos ayudantes se les pudieron haber encargado las obras "menores"; es decir, la ornamentación de cimacios, impostas y basamentos tanto del exterior como del interior, e incluso los canecillos vegetales.

Interior del ábside





Capitel del interior del ábside. Daniel en la fosa de los leones

Una vez concluido el programa escultórico de la cabecera de Ferreira de Pantón, y ante la paralización de las obras de esa fábrica, parece probable que el grueso del personal del taller hubo de procurarse trabajo en el obrador de la segunda campaña constructiva del templo ourensano de San Salvador de Sobrado de Trives, una iglesia para la que realizarán el programa de la nave y portada y en cuyo repertorio temático pesa de forma absoluta el influjo de la cabecera de Ferreira

Respecto al programa escultórico perteneciente a la segunda campaña, este se concentra en el exterior de la nave y, en líneas generales, se ajusta a los principios de austeridad defendidos por la Orden del Císter. La escasa decoración se resuelve mediante la introducción de una serie de canecillos –tres por cada tramo murario– sustentando la cornisa moldurada. Desde el punto de vista escultórico, carecen de excesivo interés; la mayoría de los canecillos de la nave ofrecen decoración de tipo geométrico y vegetal muy estilizados. Solo una representación de carácter figurativo, que constituye una excepción a la norma, muestra un tema habitual en contextos marginales: la imagen del exhibicionista que muestra sus genitales al espectador, reafirmando con su presencia la recriminación del vicio de la lujuria. La explicación para el mantenimiento de este tipo de representaciones en programas figurativos cistercienses podría buscarse, tal y como ha afirmado Sánchez Ameijeiras, en la menor centralización de la regularización de las comunidades femeninas. El repertorio ornamental de la portada se limita a los dos únicos capiteles conservados, con una decoración de tipo vegetal que reitera concepciones acuñadas en la cabecera. Se cubren los dos con una serie de caulículos que rematan en volutas, de escaso relieve y muy geometrizados.

De lo anteriormente dicho podemos concluir que la cabecera del templo monástico de San Salvador y Santa María de Ferreira de Pantón constituye un hito fundamental en la historia de la arquitectura gallega de la segunda mitad del siglo XII. Su edificación es resultado de dos campañas constructivas claramente diferenciadas. Una primera, muy ambiciosa, a la que pertenecería el conjunto de la cabecera, cuyo diseño evidencia claramente el deseo de concebir un edificio con un tratamiento monumental importante. Por lógica, su construcción tuvo que contar con un taller muy experimentado que supiese resolver todas las dificultades técnicas de la complejidad estructural que suponía cubrir el espacio con una fórmula tipológica que comportaba una de las mayores innovaciones de la época para edificios de su clase. Esta innovación se gesta en la experimentación de un estilo que exige soluciones cada vez más complejas y elaboradas, y en la importación de formas protogóticas. El que el modelo al que remiten parte de estas soluciones que hemos valorado aparezca ya en la cabecera de la cripta compostelana, sugiere que el comienzo de nuestro templo no debería estar muy alejado en la fecha de arranque –1168– de la última campaña catedralicia. No ha de ser, pues, anterior a este periodo el diseño de Ferreira, máxime si se tiene en cuenta que en dicho proyecto pesa sobre todo, de una forma absoluta, el influjo de la cabecera abacial de Carboeiro, obra fechada en torno al año 1171 y que vendría a confirmar la propuesta para la edificación de la cabecera de Ferreira de Pantón entre los años 1171-1175. Tras la incorporación a la orden del Císter el proyecto quedó paralizado y fue sustituido por uno menos ambicioso, más acorde con la austeridad defendida por la Orden. Esta segunda etapa se iniciaría inmediatamente tras la conversión de la comunidad monástica, lo que nos lleva a proponer para el cuerpo de la nave una cronología en torno al último cuarto del siglo XII.

En el año 1975, durante unas obras realizadas en el coro del templo, se localizó una talla de madera policromada empalada en una de las ventanas de la nave, donde debió de ser ocultada por la comunidad religiosa durante la excomunión, posiblemente para protegerla. La pieza representa a la Virgen como trono de Sabiduría con el Niño sobre sus rodillas. En opinión de Rocío Sánchez Ameijeiras, la imagen, fechada hacia el año 1200, pudo haber sido donada al monasterio por doña Guiomar, hija de doña Fronilde, y concebida para ser ubicada en un altar o bien, teniendo en cuenta su reducido tamaño y el material, para ser trasladada durante las procesiones en las fiestas de la Virgen o como requerimiento especial de un devoto.

Respecto a las dependencias monásticas, las actuales edificaciones fueron sustituyendo y enmascarando, entre los siglos XVI y XVIII, a las antiguas dependencias de época medieval. Bien porque su estado de conservación aconsejaba hacerlo o bien por exigencias de la moda de la época. Lo cierto es que nada se conserva de los antiguos espacios claustrales de época medieval.

Respecto a los restos arqueológicos de época medieval pertenecientes al antiguo monasterio, cabe destacar la localización de dos lápidas, fechadas a mediados del siglo XI, que fueron rescatadas a raíz de la edificación de la actual portería y colocadas con posterioridad en el interior del claustro conventual, donde hoy permanecen. Pese a haber experimentado un deterioro importante, su estado de conservación es bueno y los caracteres grabados son perfectamente legibles, lo que permite suponer que debieron de ser destinadas a permanecer en un espacio protegido de las inclemencias del tiempo: un pórtico, tal vez un claustro, podría ser una propuesta probable para su emplazamiento originario.

La transcripción epigráfica que ofrece la más grande es la siguiente:

HO HIESV : CVNT[os]QVE SALVAS: PER [quem]
IACENTI : ABLVUE : CVLPAS PECCATA: [---]
QUOD ES FVI QUOD SVMERIS QVID MERERIS POE[---]
OBI(i)T IN PACE F(a)M(u)L(a) [dei] GILVIRA XR[ist]i ANCILLA
[migravit]
D(e) HOC S(e)C(u)LO: III ID[V]S F(e)B(rua)R(ii) ERA C[----]

Cuya traducción es: "Oh Jesús, quien a todos salvas, por los que / yacen, sus pecados y culpas lava / lo que eres yo fui lo que soy serás, el que merece[...]/ murió en paz la sierva de Dios y esclava de Cristo Elvira emigró en este siglo, el día 11 de Febrero del año [...]"

La segunda lauda sepulcral ha llegado hasta nosotros bastante fragmentada. La primera y última parte de la inscripción resultan completamente irreconstituibles. El epígrafe reza como sigue:

[---] H(ies)V CUNCTOS : QUE SALVAS PER QUEMIACENT[i ablve]
[culpas] : [pecca]ATA O[bii]T F(a)M(u)L(u)S DEI : GUT[ierre]
[---]
[requi]ESCIT IN HOC MONUMENTO : [---]
[---] [septem]R(I)S ERA. C. V(ita) P(ostuma)

Es decir: "[---] Jesús quien a todos salvas por los que yacen sus / pecados y culpas lava, falleció el siervo de Dios Gutierre [---]/ descansa en este monumento [----]/ [---] septiembre del año 1062, vida póstuma".

En el claustro se conserva un sepulcro bajo un arcosolio en el que es fama que fue inhumado el cuerpo de la condesa Fronilde Fernández. Lo poco que se ha conservado de este sepulcro, tras la intensa reforma que sufrió el claustro en época moderna, se reduce al arcosolio y a un pedazo de inscripción torpemente encajado en el muro de cierre. La transcripción epigráfica que podemos aportar es la siguiente:

[---]ERO : Q[---]
[---]OSO : AC[---]
[---]MAIOR[---]
[---]EOOFF [---]
[---]CMN[---]

Texto: TCMP - Fotos: JNG - Planos: MMPG

Bibliografía

- BISHKO, C. J., 1965, pp. 305-356; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1979, pp. 33-34; D'EMILIO, J., 1997, pp. 547-572; D'EMILIO, J., 2015, pp. 224-302; ENRÍQUEZ RODRÍGUEZ, F., 1976, pp. 125-159; ENRÍQUEZ RODRÍGUEZ, F., 1999, pp. 189-121; MOURE PENA, T. C., 2002; MOURE PENA, T. C., 2003, pp. 384-387; MOURE PENA, T. C., 2005a; MOURE PENA, T. C., 2005b, pp. 4-20; MOURE PENA, T. C., 2006, pp. 279-298; RISCO, M., 1778, pp. 31-33; SÁ BRAVO, H. de, 1972, pp. 438-440; SÁNCHEZ AMEIJERAS, R., 1998, pp. 98-140; VÁZQUEZ SACO, F., 1951, pp. 176-182; YÁÑEZ NEIRA, D., 1974-1991, XII, pp. 111-122; YÁÑEZ NEIRA, D., 1975; YÁÑEZ NEIRA, D., 1976, pp. 116-122; YÁÑEZ NEIRA, D., 1985, pp. 141-145; YEPES, A., 1621, pp. 302-303; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1992, pp. 854-875.



Santa María
la Real fundación



Santa María
la Real fundación



Santa María
la Real fundación